

Crisis del capitalismo neoliberal y reformas al Consenso de Washington

Adalberto Ronda Varona, Director del Centro de Estudios sobre América (CEA)

“No, no aceptes lo habitual como cosa natural. Porque en tiempos de desorden, de confusión organizada, nada debe parecer imposible de cambiar”.

Bertold Brecht

El análisis de la crisis del capitalismo neoliberal y las reformas al Consenso de Washington en el entorno de la globalización económica pasa por identificar las fronteras conceptuales entre globalización y globalismo. Según estudiosos del problema se trata de “la distinción entre los contenidos objetivos del proceso y la conceptualización dominante que de él existen en la cual con distintas mezclas de apología y de fatalismo las actuales modalidades de la globalización son asumidas como las mejores a la vez como las únicas viables, lo que ampara posturas de pasividad y conformismos ante procesos que se postulan como inmodificables”.¹ En este sentido las palabras del dramaturgo alemán que encabezan estas reflexiones alcanzan una connotación especial.

La narrativa mistificante de la globalización o globalismo presenta a esta como un acontecimiento “nuevo e inédito” en el devenir del capitalismo al borrar las fronteras nacionales y el comercio interno y simultáneamente construir “poderes no territoriales” y homogeneizar economías, políticas, sociedades y culturas. Convertido en cosmovisión y sentido común epocal el “pensamiento único” neoliberal remata, con la “nueva época” o “verdadera economía mundial”, su tríada de la “idea absoluta” mediante la fetichización del mercado, la satanización del Estado y la instrumentalización de lo social en función de las nuevas formas de acumulación capitalista. La apologética globalizante o globalismo diluye los límites entre lo viejo y lo nuevo, entre lo real y lo ficticio, transformando en “novedad” el carácter histórico-universal del capitalismo y su tendencia a la expansión planetaria.

La “reconstrucción” conceptual del proceso de globalización, desde el pensamiento crítico, no concibe a esta como acontecimiento inédito, totalmente nuevo, desde los inicios de la década de 1980, consolidado después del desmontaje del socialismo europeo y la desacreditación de los paradigmas de emancipación social y nacional. Es en todo caso, un proceso originado con el “descubrimiento” y conquista de América, analizado por Marx y Engels, hace más de ciento cincuenta años, quedando desde entonces identificadas

¹ Ver Jaime Estay y Germán Sánchez, “Una revisión general del ALCA y sus implicaciones”, *El ALCA y sus peligros para América Latina*, CLACSO, Buenos Aires, 2005, pp. 17 y 18.

esencialidades conceptuales reveladoras de los pilares en que se sustenta la continuidad histórica de lo que hoy se conoce como globalización. El Moro y su entrañable amigo escribieron entonces:

Mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía dio un carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países (...) Las antiguas industrias nacionales han sido destruidas y están destruyéndose continuamente (...) En lugar de las antiguas necesidades, satisfechas con productos nacionales, surgen necesidades nuevas, que reclaman para su satisfacción productos de los países más apartados y de los climas más diversos. En lugar del antiguo aislamiento de las regiones y naciones que se bastaban a sí mismas, se establece un intercambio universal, una interdependencia universal de las naciones. Y esto se refiere tanto a la producción material, como a la producción intelectual. La producción intelectual de una nación se convierte en patrimonio común de todas.

Merced al rápido perfeccionamiento de los instrumentos de producción y al constante progreso de los medios de comunicación, la burguesía arrastra a la corriente de la civilización a todas las naciones (...) En una palabra: se forja un mundo a su imagen y semejanza.²

En esa misma dirección de reflexión y desde una lectura latinoamericana de nuestros días, Aníbal Quijano plantea sobre este intercambio e interdependencia universales, que la “globalización en curso, es en primer término, la culminación de un proceso que comenzó con la constitución de América y la del capitalismo colonial-moderno y eurocentrado como un nuevo patrón de poder mundial”.³ Sucede que ahora este proceso de antigua data se torna un sistema más universal que nunca y adquiere dimensiones distintas y más complejas que en el pasado.

La aceleración y profundización de las tendencias globalizantes del capitalismo se expresan en la actualidad de manera particular en la creciente cobertura e impactos globales, en la fragmentación de la cadena productiva, en la vertiginosa expansión del capital financiero-especulativo y de las transnacionales, la extraordinaria homogeneización cultural, y la reconfiguración del sistema de dominación imperialista en su multidimensionalidad, todo ello, favorecido por los formidables desarrollos tecnológicos que tuvieron lugar muy especialmente en el campo de las

² Carlos Marx y Federico Engels, “Manifiesto del Partido Comunista”, en *Obras Escogidas* en dos Tomos, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú, t.1, pp. 25-26.

³ Aníbal Quijano, “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”, en *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas*, CLACSO, Buenos Aires, p. 201.

telecomunicaciones, la informática, la microelectrónica y los medios de transporte.⁴

La globalización del sistema capitalista responde en primer lugar a necesidades intrínsecas de su naturaleza socioeconómica y deja al descubierto las múltiples contradicciones, conflictos y desigualdades que acompañan a su desenvolvimiento. No se trata simplemente del triunfo definitivo del libre comercio sino de la aceleración de las tendencias globalizantes en la etapa actual de desarrollo del capitalismo internacional en su fase imperialista, que de manera simultánea y complementaria produce integración selectiva, exclusión y fragmentación entre países y en el interior de los mismos. Es por tanto, globalización de las contradicciones propias del sistema y no un cambio en sus características esenciales. De ello se infiere que la actual globalización en América Latina y el Caribe es ante todo capitalismo dependiente y neoliberal con las consecuencias “naturales” de la explotación, de la concentración y centralización del capital y la inequidad en la distribución del producto social.

Los problemas de América Latina con la globalización no son nuevos. A lo largo de su historia capitalista la región no logró transformar su estructura productiva para asimilar la revolución tecnológica e insertarse en las corrientes dinámicas de la economía internacional con capacidad de decisión soberana suficiente, que le permitiera regir su destino propio. Por ello, la búsqueda de alternativas al pensamiento y a la práctica neoliberales urge del esfuerzo polivalente de desconstrucción del carácter “natural”, “inevitable” e “inmodificable” de su discurso hegemónico. Esto requiere el cuestionamiento de las pretensiones de legitimar este orden social y sus principios fundacionales.

I. El fracaso del capitalismo neoliberal y dependiente en la región

Hacia finales de los años 70 el neoliberalismo irrumpió en América Latina y el Caribe y acabó con las experiencias de la sustitución de importaciones y la protección de las economías nacionales de filiación desarrollista. La crisis de la deuda externa a partir de 1982 condicionó el inicio de la aplicación de otro modelo económico. Desde entonces, las reformas bajo el paradigma del denominado Consenso de Washington fueron y siguen siendo en lo fundamental la respuesta de la mayoría absoluta de los gobiernos de la región

⁴ Ver Atilio A. Boron, “Pensamiento único y resignación política: los límites de una falsa coartada”, en *Tiempos Violentos. Neoliberalismo, globalización y desigualdad en América Latina*, CLACSO, Buenos Aires, 2004 pp. 207-230; Ver también en esta misma obra Aldo Ferrer, “La globalización, la crisis financiera y América Latina”, pp. 85-104 y Naúm Minsburg, “Transnacionalización, crisis y el papel del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial”, pp. 49-64.

a las exigencias planteadas por la globalización neoliberal o capitalismo realmente existentes, de cuya resolución dependería el desarrollo y la integración latinoamericana y caribeña.

Por las razones económicas e históricas conocidas, las presiones externas, las apetencias internas de las oligarquías nacionales y los resultados ideológicos del “pensamiento único” defensor del neoliberalismo como “única alternativa” posible y viable de desarrollo en un mundo globalizado, América Latina decidió su rumbo no precisamente en dirección a sus verdaderos intereses. Fueron levantados así los estandartes de la liberalización comercial, del crecimiento económico y las facilidades a las inversiones extranjeras, el impulso a la política de privatizaciones de empresas públicas, la liberalización del sistema financiero y de la tasa de interés, la disminución del gasto público, especialmente en la parte destinada al gasto social, la reducción drástica del déficit presupuestario, el cumplimiento estricto de los compromisos de la deuda externa, la reestructuración y modernización del estado, y otros.

En correspondencia con el paradigma neoliberal fue asumido de manera generalizada el mito de la exaltación de la liberalización comercial total, olvidando los resultados catastróficos de esta práctica capitalista en el pasado. Fue aceptado, categóricamente, que el libre comercio aseguraría el crecimiento económico, la competitividad productiva y comercial, el desarrollo general y la inserción en la economía mundial. La fetichización del mercado se fue imponiendo con una fuerza inversamente proporcional al “achicamiento” del Estado reajustando sus funciones y disminuyendo sustancialmente las capacidades efectivas para intervenir en la vida económica y ejecutar políticas soberanas que permitieran satisfacer los reclamos y necesidades ciudadanas.

Por supuesto, la verdad es que el acceso a los mercados internacionales resulta para muchos países de la región poco menos que imposible. El comercio internacional se encuentra plagado de barreras arancelarias y no arancelarias, sistemas de cuotas, subsidios y difíciles condiciones. Los hechos demuestran que el comercio mundial nunca ha sido libre y anuncian que tampoco lo será. A escala planetaria existe todo un marco de regulaciones y prácticas que norman y administran el comercio mundial cubriendo los intereses de los países capitalistas desarrollados. La naturaleza económica del “comercio libre” es explícitamente asimétrica, contribuyendo así a una mayor dependencia y al desarrollo desigual capitalista con sus polarizaciones y antagonismos, siendo además vehículo de explotación y dominio.

Sustentado en los principios de desregulación, privatización e inversiones, el discurso neoliberal sostuvo con fuerza también que después de las reformas estructurales de los ochenta y los noventa —incluida la reestructuración del

Estado por ser considerado súperdimensionado, intervencionista e ineficiente económicamente— las economías de la región crecerían y los sectores populares recibirían el “derrame” de las riquezas creadas, dejarían atrás la pobreza y la exclusión social existentes y se crearían las condiciones económicas y sociales apropiadas para avanzar paulatinamente hacia la inserción en la economía mundial.

En todo este propósito desempeñó un rol determinante la irracional cruzada privatista que se registró y aún registra la región. La fiebre privatizadora magnificada por el Consenso de Washington, el Banco Mundial (BM) y el Fondo Monetario Internacional (FMI) y practicada con “entusiasmo” por los gobiernos de turno en la región hicieron posible que América Latina haya sido en el tiempo histórico neoliberal el líder en el esfuerzo de privatización del llamado mundo en desarrollo.

A lo largo de los años 90 las expectativas de crecimiento latinoamericano estuvieron cifradas en el ingreso obtenido por las inversiones extranjeras directas (IED). Según el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) el sector público obtuvo ingresos por un valor de 59 000 millones de dólares como consecuencia de la venta de 694 empresas durante el período 1990-1994, equivalente a más de la mitad de los 104 000 millones de dólares obtenidos por ese concepto por todo los países supuestamente en desarrollo. Si se considera el período de 1990 a 1996 las privatizaciones atraieron ingresos por 82 417 millones de dólares que representan el 53 % de los ingresos totales entre los países mencionados. Asimismo, entre 1997 y 1998 fue de 71 582 millones de dólares para el 61,8 % de las privatizaciones. En 1999 los ingresos por la misma razón sumaron 23 000 millones de dólares alcanzando el 54 % del total. En fin, las privatizaciones realizadas en la década de los años noventa en nuestra América representan el 56 % del total entre los países subdesarrollados.⁵ Tales datos indican por qué se dice que en esta esfera de las reformas económicas estructurales, América Latina se mantiene como la región más destacada en el proceso de desnacionalización y transnacionalización entre los mercados emergentes.

No obstante, “los ingresos de IED en la región no necesariamente muestran flujos incrementales, ya que hasta 1998 más del 40 % de los mismos reflejaban fusiones y adquisiciones, lo que significó un traspaso de propiedad,

⁵ Gregorio Vidal, “Privatizaciones en América Latina: flujos internacionales de capital, regionalización y desarticulación productiva”, *Consecuencias financieras de la globalización*, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Económicas, México, 2005, pp. 73-99.

fundamentalmente a las empresas transnacionales”.⁶ Lo cierto es que, en el conjunto de países desde el Río Bravo hasta el estrecho del Magallanes, los límites entre lo público y lo privado se están reestructurando cada vez más, convirtiendo a la mayoría de nuestros países en dependencias transnacionalizadas y privatizadas, privando de contenido económico para su gestión de gobierno y capacidad de decisión soberana a las débiles democracias reinstaladas simultáneamente al establecimiento del modelo neoliberal.

Sin embargo, tal como plantea Atilio Boron, los avances de la globalización neoliberal producto de la desaforada desregulación, liberalización de las finanzas internacionales y las privatizaciones, no es el resultado “neutro” de la acción independiente del mercado, sino la consecuencia directa del auge de los gobiernos neoliberales y las políticas económicas por ellos adoptadas en favor de los intereses transnacionales hegemónicos del capital y sus aliados nacionales. Por consiguiente, la efectividad en el establecimiento del modelo neoliberal tiene más relación con la complacencia gubernamental y de las oligarquías de la región que con las “fuerzas ciegas e inaguantables” del mercado. Sin la intervención política activa de los gobiernos que aceptaron seguir adelante en el experimento neoliberal, las empresas transnacionales no habrían podido avanzar tan rápidamente. La raíz del problema —como apunta el profesor argentino— no se encuentra en la globalización, sino en las respuestas de los gobiernos latinoamericanos a los desafíos que esta plantea,⁷ a la subordinación total de la política al mercado. Precisamente, una de las fortalezas principales de la globalización neoliberal es la debilidad de la resistencia a su hegemonía.

Después de más de dos décadas de apertura comercial totalmente asimétrica, de privatizaciones y desregulación financiera, de dolorosos experimentos, los resultados de la globalización neoliberal en América Latina son terribles a pesar de las cifras macroeconómicas de signo positivo como la reducción de la inflación. El “reformismo” del Consenso de Washington, del Fondo Monetario Internacional (FMI), del Banco Mundial (BM), las políticas aplicadas y las fantasías del mito “efecto derrame” quedaron descalificados por la escena dantesca de la realidad económico social de la región. El tiempo transcurrido de la “era neoliberal” permite evaluar objetivamente el

⁶ Ver Lourdes María Regueiro Bello, “Inversiones, núcleo duro del ALCA”, *Cuadernos de Nuestra América*, Vol. XVII, No. 33, Ciudad de La Habana, enero-junio de 2004, pp. 9-31.

⁷ Ver Atilio A. Boron, “Después del saqueo: El Capitalismo latinoamericano a comienzos del nuevo siglo”, *Estado, Capitalismo y Democracia en América Latina*, CLACSO, Buenos Aires 2003, pp. 15-38.

comportamiento del modelo económico e identificar las tendencias a largo plazo que se han desarrollado.

La situación económica social de América Latina en el contexto de la globalización neoliberal es la de un subcontinente con una economía cada vez más extranjerizada, dependiente, subdesarrollada en sus pilares estructurales, subordinada al interminable servicio de la deuda externa y a los ajustes y privatizaciones, devastado por la explotación, la pobreza y el desempleo, en acelerado proceso de polarización de las riquezas, atomización, marginación y descomposición social. Si el neoliberalismo continúa siendo funcional a las potencias capitalistas consumistas, a las empresas del capital transnacional explotador y a sus cómplices nacionales en los países latinoamericanos, las estadísticas corroboran las condiciones de vida y de trabajo infrahumanas de millones de hombres y mujeres, niños y ancianos por el aumento persistente de la deuda social.

En lo relativo al balance histórico del crecimiento económico el saldo es decepcionante. La mayor participación en los mercados mundiales y atracción de inversión extranjera directa no se reflejó, sin embargo, en un crecimiento rápido del PIB. Si las economías de la región crecieron en la década de los años sesenta a una tasa anual del 5,7 % y en el decenio de los setenta a un ritmo de 5,6 %, el producto interno bruto (PIB) creció a un ritmo de 1,0 %⁸ en la década de los ochenta, y a 3,3 %⁹ en la siguiente. “Dado que en el primero de estos períodos el crecimiento de la población se situaba en el 2 % anual, esto significó una caída en el PIB por habitante de alrededor de 0,3 % por año a lo largo de toda la década, con justa razón denominada la “década perdida”. En la siguiente, con la tasa de crecimiento poblacional un tanto más disminuida, apenas se revirtió la tendencia, quedando el crecimiento del PIB per cápita en una cifra cercana a un modesto 1,7 % anual. Siendo positiva, esta magnitud equivale a menos de la mitad de la tasa de crecimiento del PIB per cápita que prevaleció en la región en las tres décadas comprendida entre los años de la postguerra y la crisis de mediados y finales del decenio de los setenta, cuando según los diagnósticos del FMI y el BM las políticas económicas en vigencia adolecían de incurables defectos y conducían a los países de la región por el sendero del atraso y el estancamiento”.¹⁰

A la “década perdida” de los ochenta se unió después el “sexenio perdido” de 1998 al 2003 para marcar la tendencia predominante en el intento fallido de

⁸ *Balance Preliminar de la Economía de América Latina y el Caribe*, CEPAL, Santiago de Chile, 2000, p. 89.

⁹ *Ibíd.*, p. 85.

¹⁰ Atilio A. Boron, “Después del saqueo: El Capitalismo latinoamericano a comienzos del nuevo siglo”, *Ob. cit.* pp. 23 y 24.

desarrollar la economía de la región. Es en el año 2004 cuando, favorecido por los resultados de la economía internacional, el PIB de América Latina alcanza un 5,5 % de crecimiento, por cierto, aún por debajo de los años sesenta. En este sentido, es válido recordar que según el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) la salida de la crisis económica de los países de economía atrasada como los de América Latina implicaría alcanzar por estos un crecimiento sostenido por varios años de más del 6 %.

Para la CEPAL el 2005 fue el tercer año consecutivo de crecimiento del PIB de América Latina y el Caribe, alcanzando la expansión un 4,3 %. Igualmente proyecta para el 2006 una nueva prolongación del incremento con una tasa algo inferior a la de 2005, es decir, 4,1 %. Así el crecimiento medio del período 2003-2006 puede ser levemente superior al 4 %, lo que es considerado un hecho sumamente positivo. Tal pronóstico puede verse alterado a partir de la escalada de los precios del petróleo y de los impactos de estos en el desempeño y déficit de la economía de los Estados Unidos, y las altas tasas de crecimiento de la economía china. Otro ángulo del análisis del problema es que la mayoría de los países de la región está creciendo menos que otras regiones del mundo.

De otro lado, la expansión del PIB de América Latina y el Caribe en el período 2003-2005 y su prolongación hasta el 2006, considerado un acontecimiento sumamente positivo oculta en su apariencia esperanzadora las consecuencias más profundas de las políticas aplicadas sustentadas en el fetichismo del crecimiento económico y el “derrame de riquezas”. Decir que una economía ha crecido a lo largo de un período de tiempo no significa en términos prácticos que el conjunto de la población se apropió del beneficio del proceso de reformas y su gestión económica.

En nuestra América, como llamara José Martí a este factor continental, el crecimiento económico no fue ni es aún en la mayoría absoluta de sus países sinónimo de una justa distribución de ingresos y pleno empleo. Ha predominado un crecimiento económico insuficiente para el desarrollo que genera exclusión social y coexiste con tasas de pobreza y desempleo inaceptables tanto en sus cifras absolutas como relativas, agudizándose cada vez más la crisis social acumulada. Asimismo, en no pocos casos el crecimiento de la economía es solo un espejismo sustentando en las exportaciones de transnacionales extranjeras como las del petróleo y las maquilas por citar dos ejemplos.

Sería muy difícil para las economías latinoamericanas y caribeñas alcanzar crecimientos altos sostenidos e imposible lograr un desarrollo sustentable, mientras estén expuestas a las consecuencias de la insuficiente acumulación de

capital interno, de las relaciones asimétricas derivadas de las “bondades del milagro exportador” y del flujo migratorio de capitales.

De qué le valió a la región en el 2004 que la inversión extranjera directa (IED) creciera en un 44 % equivalente a 56 400 millones de dólares, si transfirió a los acreedores del Norte en el mismo año la suma de 96 000 millones de dólares. Dentro de esta lógica de las acciones, en el 2005 —según la CEPAL— la formación bruta de capital fijo aumentó un 10 % en el conjunto de la región gracias en primer lugar a la inversión expresada como porcentaje del PIB, pero esta sigue siendo muy baja e insuficiente para producir un crecimiento que permita resolver los persistentes problemas laborales y de bienestar general.

Precisamente, una de las causas fundamentales del mediocre desempeño económico del neoliberalismo latinoamericano y caribeño es el deterioro estructural de los vínculos entre el crecimiento del PIB y la balanza comercial, entre el crecimiento y las transferencias netas de recursos externos. En este sentido, Aldo Ferrer nos dice que entre 1982 y 1985 la América Latina realizó pagos al exterior por conceptos de utilidades e intereses por 150 000 millones de dólares, mientras que la entrada neta de capitales ascendió en ese período a menos de 40 000 millones. La diferencia fue financiada por un superávit comercial cercano a los 110 000 millones de dólares, lo que representó un tercio de las exportaciones de la región y alrededor del 50 % del ahorro neto. Transferencia de recursos que provocaron la contracción de la formación de capital, la reducción del nivel de vida de la población y el acrecentamiento de las presiones inflacionarias.¹¹

De su parte, Eric Toussaint señala que entre 1982 y 2000, América Latina devolvió como servicio de la deuda externa 1 452 000 millones de dólares, es decir, más de cuatro veces el total de su deuda, que se elevaba a 333 200 millones de dólares en 1982.¹² Sin embargo, el endeudamiento prosiguió su crecimiento, el monto en 1987 fue de 400 000 millones dólares, en el 2004 alcanzó la astronómica cifra de 723 000 millones de dólares y en el 2005 superó los 750 000 millones (25 países). Por eso se dice que la deuda externa de nuestra América es impagable, injusta e inmoral, además de ser instrumento de chantaje y dominio que impide el desarrollo económico y social de los países de la región.

En los años de predominio neoliberal en América Latina y el Caribe la pobreza se ha expandido como en ningún otro momento de la posguerra,

¹¹ Ver Aldo Ferrer, “Después de la Asamblea del BIRF y el FMI en Seúl”, *La crisis de la deuda externa en América Latina*, t. 1, Lecturas del Fondo, No. 59, México, 1987, p. 318.

¹² Ver Eric Toussaint, *La bolsa o la vida. Las finanzas contra los pueblos*, CLACSO, Buenos Aires, 2004.

provocando un drástico deterioro de la situación social. Si los propagandistas del neoliberalismo habían valorado estos costos como de corto plazo, a partir de la segunda mitad de los años 80 la magnitud de la deuda social comenzó a alcanzar una dimensión extraordinaria. No se comprendió y aún es así, que para combatir eficazmente la pobreza el funcionamiento sin trabas de los mecanismos del mercado es ineficaz, pues es precisamente su propio desenvolvimiento el que la genera o la intensifica.¹³ Según datos de la época, en el año 60, el 51 % de los habitantes de América Latina y el Caribe eran pobres, lo que equivale a unos 110 millones de personas, descendiendo la proporción en la década de 1970 a un 40 %. Por su parte, la CEPAL afirma que “el número de pobres en Latinoamérica pasó de 135 900 millones de personas (incluyendo a 62 400 millones de indigentes) en 1980 a 209 300 millones de pobres, incluidos 98 300 millones de indigentes en 1994. En el período la pobreza se incrementó en 73 400 millones de personas”.¹⁴

En los años posteriores los datos continuaron siendo estremecedores. En el caso de 2004, a pesar de producirse una reducción porcentual en este indicador del 42,9 % respecto al 44,3 % del año anterior, los pobres sumaron 222 millones, casi la mitad de la población latinoamericana. Entre estos pobres están incluidos 96 millones de indigentes, el 60 % del total de niños y niñas de la región, los 53 millones de personas que padecen hambre y los 42 millones de latinoamericanos analfabetos. En realidad, más que de pobres se puede hablar de poblaciones empobrecidas.

Si en el año 2000 el PNUD consideraba que para América Latina sería un reto alcanzar el objetivo del milenio de reducir a la mitad el número de personas con ingresos inferiores a un dólar, para el año 2015, en la actualidad lo considera casi imposible. Todo parece indicar que en el contexto de la globalización neoliberal, América Latina continuará mostrando como característica más sobresaliente la inequidad social. En el 2004 el 10 % más rico de la población recibió el 36 % de todo el ingreso, mientras que el 40% más pobre solo el 13,6 %.

En el informe de la CEPAL *Pobreza y objetivos del milenio en Latinoamérica* se afirma sobre este problema que uno de cada cinco habitantes de Latinoamérica sobrevive en condiciones de pobreza extrema y cuatro de cada diez se encuentra en una situación de pobreza a secas, haciéndose imprescindible, para cumplir con los Objetivos de Desarrollo del Milenio, que

¹³ Julio César Neffa, “Pobreza y producción de pobreza en Latinoamérica y el Caribe”, Trabajo y producción de la pobreza en Latinoamérica y el Caribe. Estructuras, discursos y actores, CLACSO, Buenos Aires, 2005, p. 204.

¹⁴ Naúm Minsburg, Ob. cit. p. 23.

el producto por habitante aumente a una tasa anual de 2,9 % durante los próximos 11 años.

Estrechamente vinculado a la generación e intensificación de la pobreza y el desempleo está la reorganización de las empresas en la economía neoliberal. En la medida en que las estructuras productivas y el cambio tecnológico avanza se desmantelan empresas resultado de la competencia intercapitalistas, lo que implica de hecho el aumento del clima de inseguridad y la expulsión de cientos de miles de trabajadores hacia la condición de superpoblación relativa. Al observar la evolución del desempleo a largo plazo, entre 1980 y 2003, se advierte que el nivel de desocupación fue aumentando en las últimas dos décadas. En 1983, durante la crisis de la deuda externa la tasa de desempleo creció 8,4 %. En los primeros años de la década de 1990 se produce una explosión en los niveles de desempleo de la fuerza de trabajo; en 1996, después de la devaluación mexicana alcanzó un techo de 7,9 % para volver a subir en la llamada crisis asiática registrando un máximo de 8,9 % como promedio en la región.¹⁵ En la misma perspectiva, los años 2001, 2002, 2003 y 2004 mostraron porcentajes de desempleo promedio extremadamente altos, 9,2; 9,3; 10,7; y 10 % respectivamente. Mientras que en el 2005 con un PIB de 4,3 % quedó la tasa de desempleo en un 9,3 %, igual que en el año 2002.

Para la economía neoliberal tales tasas de desempleo pueden constituir alguna preocupación en la misma medida que amenacen la estabilidad de la gobernabilidad democrática, pues por sí mismas no dejan de ser “resultado normal” del proceso de reconfiguración productiva y los avances tecnológicos en la gestión económica, proceso multifacético que, además de debilitar la capacidad de organización y resistencia de los trabajadores, facilita la simultaneidad del crecimiento económico y el empobrecimiento y alienación creciente del capital variable.¹⁶

No está de más reiterarlo, la ficción de la globalización neoliberal que aseguraba en su discurso el “derrame” futuro de las riquezas y beneficios hasta llegar a los pobres ha sido deslegitimada por la misma realidad económica social de la región. Tal como dice el profesor panameño Nils Castro,

en realidad, si comparamos los actuales indicadores latinoamericanos de pobreza y miseria, de desempleo e informalización, de explotación y abusos, de marginación y desamparo, de destrucción e insalubridad, con

¹⁵ Ver Oficina Regional para América Latina y el Caribe de la Organización Internacional del Trabajo, “Panorama laboral 2000, América Latina y el Caribe”, *Revista Aportes*, No. 22, México, enero-abril de 2003, p. 151.

¹⁶ Ver Mariano Félix, “La reforma económica como instrumento de disciplina social: La economía política de las economías contra la pobreza y la desigualdad en Argentina en los 90”, en *Trabajos y producción de la pobreza en Latinoamérica y el Caribe. Estructuras, discursos y actores*, CLACSO, Buenos Aires, 2005, pp. 304-305.

aquellos que se padecían al concluir la segunda guerra mundial, o en los inicios de la Revolución Cubana, en época de las guerrillas o durante el gobierno de Salvador Allende (...) salta a la vista que la situación de los pueblos de este rico continente ha continuado empeorando, sin misericordia. Y que esto se ha agravado, sobre todo, en los últimos veinte años, a lo largo de unas democratizaciones subordinadas al interminable servicio de la deuda externa y a los ajustes, flexibilizaciones y privatizaciones proliberales.¹⁷

El fracaso del capitalismo neoliberal y dependiente en la región es palpable. Sus resultados para los pueblos latinoamericanos y caribeños identifican su agotamiento teórico y práctico a pesar de su funcionalidad en interés de las transnacionales y sus aliados. Tal situación explica en parte el anhelo de cambios en la región, también los “pasos adelante y hacia atrás” en los procesos actuales.

II. Reformas o alternativas al “Consenso”: dilema actual

El problema de las reformas al “Consenso de Washington” ubica la reflexión en un plano conceptual complejo. Se trata de las tensiones entre la contrarreforma neoliberal conocida como reforma del “Consenso” y las reformas o modificaciones al modelo del “Consenso” nombradas por algunos analistas del tema como “Consenso de Washington plus” o reformas complementarias de segunda generación.

En realidad el “reformismo” del ajuste estructural en América Latina y el Caribe como se ha dicho acentuó, como tendencia, la involución económica y social en la región, “potenció cambios regresivos que recortaron antiguos derechos ciudadanos, redujeron drásticamente las pretensiones sociales del Estado y consolidaron una sociedad mucho más injusta y desigual que la que existía al comienzo de la etapa reformista”.¹⁸ El reformismo ortodoxo y neoliberal del “Consenso” es esencialmente un movimiento de contrarreformas en los capitalismos realmente existente en esta parte del mundo dependiente y subdesarrollado.

Desde esta visión es oportuno reiterar que al inicio de la década de los años 90, los defensores ortodoxos y fetichistas de la viabilidad del modelo neoliberal se negaban a reconocer su fracaso como “paradigma” de sociedad a pesar de los resultados catastróficos en el crecimiento económico y el aumento

¹⁷ Nils Castro, “Las izquierdas latinoamericanas contemporáneas: observaciones a una trayectoria”, en *Temas*, No. 41-42, enero-junio de 2005, Ciudad de La Habana, p. 12.

¹⁸ Atilio A. Boron, “Después del saqueo: El capitalismo latinoamericano a comienzos del nuevo siglo”, en *Estado, Capitalismo, Democracia en América Latina*, CLACSO, Buenos Aires, 2003, pp. 18-20.

acelerado de la deuda social. Responsabilizaban de los acontecimientos a las deficiencias institucionales en la aplicación de las reformas del “Consenso”, al carácter incompleto del proceso de liberalización y la multiplicación incesante de la corrupción en no pocos países de América Latina. El “pensamiento único” llegaba incluso a plantear que los “costos sociales” del programa de ajuste estructural debían ser considerados de alguna manera algo “ajeno o aparte” y “no imputables” al modelo, sobre todo, porque ellos aparecen en el corto plazo mientras que los beneficios económicos lo hacen a largo plazo. Habría que preguntar a los millones de pobres y de indigentes de la región qué piensan de esta idea futurista del “derrame” de ingresos y de riquezas.

Lo cierto es que no pocos analistas opinan que el carácter incompleto del proceso de liberalización y la deficiente instrumentación de las reformas solo representan una cuota del problema en el universo de postulados equivocados propulsores del cambio neoliberal. En este sentido se afirma, entre otras cosas, que la baja inflación y el mejor control de los déficit presupuestarios no aseguraron el acceso estable a los mercados de capital internacionales; que la integración en el comercio mundial y en los flujos de inversión no generaron externalidades positivas; que tampoco la mayor productividad en las empresas y sectores más dinámicos se propagó automáticamente a toda la economía para dar como resultado una amplia aceleración del crecimiento económico, pero si se absolutizó el rechazo al papel que podría desempeñar el Estado en el sector productivo, el mercado y la inducción de inversiones; también se subordinó totalmente la política social a la práctica económica.

Simultáneamente, a las prácticas ortodoxas y como consecuencia de estas la evidencia de los hechos condujo en la segunda mitad de los años 90 a un nuevo replanteo de las formulaciones originales desde la misma doctrina económica neoclásica. A partir de entonces el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, el Banco Interamericano de Desarrollo e instituciones como la CEPAL, así como, políticos y académicos, entre otros, adelantan consideraciones y propuestas de modificaciones a las reformas del Consenso, a su estrategia para impulsar el crecimiento económico y disminuir la pobreza y la desigualdad.

Desde esta concepción, los ideólogos de la globalización neoliberal y las instituciones que representan pretenden complementar la estrategia macroeconómica con medidas jurídicas, tributarias, laborales, sociales y de educación. Para ello, el Banco Mundial y el Banco Interamericano de Desarrollo coinciden en que América Latina reúne dos condiciones favorables al servir de laboratorio a la puesta en práctica de una nueva política social: las “ventajas” de ser líder en el proceso de privatización entre los países de

economía emergente, y a la vez la región del mundo donde existe mayor desigualdad en la distribución de los ingresos.

En la reformulación de las estrategias destinadas a superar la pobreza y reducir la desigualdad sobresalen los discursos pragmáticos del Informe del Banco Mundial titulado *La crisis macroeconómica y la pobreza: mecanismos y medidas de respuesta*, el Informe del Banco Interamericano de Desarrollo *América Latina frente a la desigualdad* y los informes de la CEPAL *Equidad, Desarrollo y Ciudadanía* y *La Brecha de la Equidad*.

Los puntos de contacto más sobresalientes entre las propuestas de estos informes, que reflejan el ideario de los organismos internacionales mencionados con respecto a las causas que generan mayores niveles de pobreza y desigualdad y las posibles vías de solución, quedan revelados con claridad meridiana por la investigadora cubana Blanca Munster Infante.¹⁹ En su trabajo titulado “El impacto social de la globalización”, expresa:

- En estos informes la desigualdad se reduce a un problema de adquisición de ingresos y se remite sobre todo a procesos individuales, a esfuerzos pasados o futuros de los individuos, no se analiza la situación de las personas en un proceso social más complejo y contradictorio, donde las relaciones económicas estructurales del sistema van generando un tejido social cada vez más excluyente y selectivo.
- Se destaca el hecho de que al analizar las causas que provocan las desigualdades y la pobreza primero se coloca el énfasis en las necesidades no satisfechas, luego en las capacidades. Según este enfoque el pobre es pobre porque es incapaz de producir sus propios medios, o porque no posee la destreza, o porque teniéndola no logra conseguir empleo.
- Un nivel de educación insuficiente limita las oportunidades de las personas de insertarse en un medio cada vez más exigente, esto reduce sus ahorros y las posibilidades de contar con determinados activos que le permitan ser menos vulnerables a los desequilibrios y tensiones económicas. De ahí parte la propuesta común de estas instituciones de la necesidad de crear capital humano como una vía indispensable para romper el círculo vicioso de la pobreza.
- Consideran necesario contar con redes de protección a los pobres desde las etapas de auge económico con el fin de accionar

¹⁹ Ver Blanca Munster Infante, “El impacto social de la globalización”, en *Economía Mundial-Los últimos 20 años*, Editorial Ciencias Sociales, Ciudad de La Habana, 2002, pp. 245-260.

programas especiales en tiempo de crisis que operen como mecanismos de compensación.

De otra parte, en el intento de renovar el neoliberalismo la reformulación de las relaciones entre crecimiento, pobreza y equidad centra su atención en la revaloración del papel del Estado en el funcionamiento del mercado y, más ampliamente en el desempeño social y económico de las sociedades. En otras palabras, se transita de la “satanización” del Estado a la conversión de este en instrumento necesario para alcanzar los objetivos esenciales del dogma neoliberal. Se trata de que el Estado, sin asumir otra vez la posición “centrista e injerencista” del pasado, contribuya a crear las condiciones para un mejor desarrollo del “libre comercio” sin la carga de los impactos negativos señalados en el crecimiento económico neoliberal y la crisis social.

Las reformas de segunda generación son concebidas en interés de mejorar las insuficiencias del modelo y así preservar la lógica funcional y los objetivos estratégicos de la globalización neoliberal. De tales reformas se puede esperar la intención y proyecto de un capitalismo de rostro más humano y fórmulas diversas para apoyar la pervivencia del modelo económico, también político, social y cultural. El “Consenso de Washington plus” es por lo tanto, muestra contundente de la existencia y potencialidad de las válvulas de escape del capitalismo ante los peligros que puede acarrear el avance hacia una crisis de estado terminal. Las reformas de segunda generación no son más que una opción necesaria, de sobrevivencia en el desenvolvimiento del modelo neoliberal, pero nunca una alternativa al “Consenso”.

Tomando como referencia principal la racionalidad económica neoliberal las reformas de segunda generación postulan la urgencia de instrumentar un nuevo paradigma en la política social, que asegure mayor eficiencia en la aplicación de las políticas públicas y en el empleo de los limitados recursos financieros, de manera que se atienda a los considerados más necesitados, afectados por los impactos adversos del ajuste económico.

Desde esta perspectiva, la filosofía de la nueva política social se sustenta en la eliminación de la extensión de los servicios y derechos sociales en la generación de empleo asalariado y el abandono de las ideas de universalización y solidaridad por parte del Estado, en el establecimiento de criterios práctico-metodológicos de trabajo tales como la sectorización, selectividad y focalización. Subyace en la aplicación de esta filosofía la continuidad de la política de privatizaciones y descentralización de los seguros sociales. En este camino, los principales riesgos sociales —en aras de una mejor eficiencia— deben ser previstos por la iniciativa privada y determinadas organizaciones no gubernamentales.

Para colmo, tal como plantea Julio Gomero Requena en su trabajo titulado “La reforma laboral y la política social en el Perú de los noventa”,²⁰ con este cambio trabajar, vender la fuerza de trabajo, constituye un “privilegio” que excluye al asalariado de los beneficios y protección de la política social y los pobres, fundamentalmente los indigentes, se transforman en el objetivo de esta, y por lo tanto de la selección y focalización.

Los hechos demuestran que los programas impulsados por el Banco Mundial, el Banco Interamericano de Desarrollo y la CEPAL, pueden atenuar la situación de desigualdad y pobreza de grupos específicos, pero también confirman que estos no atacan de frente a los factores estructurales que generan tales calamidades. Ellos tienen un carácter compensatorio y asistencialista de rostro caritativo. Por ello, no contemplan medidas que permitan la disminución sostenible y menos la eliminación de la pobreza y las desigualdades totalmente desproporcionadas como fenómenos sociales que desbordan los límites sectoriales, la selección y focalización de los que más necesitan la protección. Sus limitados efectos positivos además de empañar la comprensión objetiva del verdadero drama social, se atomizan y pierden sentido bajo la acción conjunta del modelo.

Atenuar el deterioro del nivel de salarios, elevar la participación laboral de grupos sociales sectoriales e invertir la relación pobreza-déficit educacional pensando en reducir la pobreza por la vía del fortalecimiento del capital social y el financiamiento de determinadas redes de protección social, desconociendo las raíces causales de la creciente inequidad social y que la pobreza es ante todo privación de condiciones de vida elementales y de dignidad humana, es lo mismo que apostar al mantenimiento del statu quo existente.

Como afirma Hans-Jürgen Burchardt:

el “Consenso de Washington plus” o el “pos Consenso de Washington” no constituye ninguna expresión de cambio paradigmático. En todo caso parece tratarse de una estrategia para realizar de mejor manera la primacía del mercado sobre la política institucional y social. Realmente, el “Consenso de Washington” sigue existiendo en la aparente nueva idea de amortizar socialmente el ajuste económico mediante el empleo del Estado como moderador eficiente, basándose en conceptos ortodoxos del liberalismo.²¹

²⁰ Julio Gomero Requena, “La reforma laboral y la política social en el Perú de los noventa: Del universalismo corporativo a la selectividad del residuo”, en *Trabajo y producción de la pobreza en Latinoamérica y el Caribe*, CLACSO, Buenos Aires, 2005, pp. 76-79.

²¹ Ver Hans-Jürgen Burchardt, “El nuevo combate internacional contra la pobreza, ¿Perspectivas para América Latina?”, en *Nueva Sociedad*, No.193, Venezuela septiembre-octubre de 2004.

Pudiera parecer que el acontecer económico confirma el fetiche de que el “mercado libre” es la única alternativa existente en el presente y para el futuro de América Latina y el Caribe. El mismo Fernando H. Cardoso fija su acto de fe sobre el tema al decir: “fuera de la globalización no hay salvación; dentro de la globalización no hay alternativas”. Sin embargo, una mirada al pasado reciente y al mismo presente permite apreciar que las nociones de ineluctabilidad e irreversibilidad no tienen sentido práctico alguno.

Lo cierto es que las políticas instrumentadas por los gobiernos de la región fueron y siguen siendo decisivas para impulsar o neutralizar los impactos de la globalización neoliberal. De ello se infiere —como se ha planteado— que no existe fatalidad económica ni política que no pueda ser modificada. En cualquiera de los casos, todo dependería de la correlación objetiva de fuerzas sociales en cada sociedad, de la configuración de las condiciones que lo permitan y de la voluntad política ante los enormes retos y peligros a vencer, en medio de la agudización de la conflictividad social y las presiones externas. En la búsqueda de fórmulas que ayuden a revertir el profundo estado de pobreza, marginación e inequidad social, e intentando dar respuesta a la pregunta ¿si es posible o no pensar y actuar en términos alternativos?, se proyecta otra opción en el desenvolvimiento de la economía neoliberal de vasos comunicantes con algunas de las reformas de segunda generación, que sin embargo, aparece enmarcada en el resurgimiento actual de la corriente de cambios políticos en países de la región con cierto sentido de progreso social, sobre todo por la intencionalidad de la política exterior, el redescubrimiento de la cooperación sur-sur, la preocupación por la economía nacional y la atenuación a la crisis social. Se trata de las opciones impulsadas por la centroizquierda o la llamada izquierda moderada y democrática.

Los representantes de esta izquierda que arribaron al gobierno lo hacen en medio de la condicionalidad de la democracia neoliberal, y lo alcanzaron ante todo, por el anhelo de cambio de los que más sufren los impactos negativos de los ajustes estructurales y la gravísima crisis social y política de sus respectivos países. Pero también, por la “tolerancia y flexibilidad” de la actual política imperial de los Estados Unidos, capaz de aceptar la existencia de gobiernos de izquierda, siempre que respeten la alternancia en la gestión política del capitalismo y el modelo económico neoliberal.

Desde la especificidad y diversidad constitutiva de la nueva izquierda moderada o centro izquierda, se privilegia la continuidad del sistema en su modalidad neoliberal aunque reformada. Por lo tanto, no se propone la ruptura con la economía neoclásica y menos el socialismo como paradigma de sociedad. En correspondencia, proyecta como ideal un “capitalismo más balanceado y humano”, que combine la racionalidad económica neoliberal y

las acciones que atenúen la deuda social en sus países, con la práctica de un regionalismo abierto de mayor alcance y el apoyo a la integración y cooperación latinoamericanas, desde una perspectiva más pragmática que de coincidencia ideológica.

Una muestra concreta de este tipo de experiencia es la del gobierno de Ignacio Lula da Silva, en Brasil, y su “realismo político”, que en una compleja situación de compromisos y desgaste defiende la estrategia del “posibilismo” y el desenvolvimiento de la economía neoliberal, manteniendo la ejecución de la necesaria política social muy por debajo de las expectativas iniciales.

Otro es el caso del programa de gobierno de Tabaré Vázquez, en la República Oriental del Uruguay. Su respuesta al asunto es la siguiente:

Si me pregunta si ideológicamente nuestro programa de gobierno es un programa socialista, le voy a decir no lo es. Es un programa nacional, profundamente democratizador, un programa que busca por el camino de la solidaridad, la justicia social, el crecimiento económico con justicia, es decir, el desarrollo humano (...) Los cambios que vamos a hacer son cambios a la uruguaya o no serán (...) es un cambio pacífico, gradual, meditado, serio, profundo, responsable, con participación amplia de todos los actores de la vida económica, política y social del país, que busque un objetivo de nuestro gobierno, que es mejorar la calidad de vida de todos los uruguayos, comenzando con el mandato histórico que tenemos (...) cuando Artigas decía que los más necesitados sean los más privilegiados, que la causa de los pueblos no admite la menor demora.²²

En este sentido, hay quienes piensan que de un gobierno de izquierda en Uruguay como el que preside Tabaré Vázquez se puede esperar como prioridades:²³

- La defensa de la soberanía nacional y de la tradición antimperialista, ahora opacada por la decisión del gobierno de participar junto a las tropas norteamericanas y de otros países del continente en la llamada Operación UNITAS.
- Avanzar en la redistribución de la renta que permita devolver lo que se le ha expropiado al millón de nuevos pobres y más de 270 000 indigentes que tiene el país como fruto del neoliberalismo.
- La reparación de las deformaciones autoritarias que ha sufrido la democracia en el país, con la existencia de delitos impunes, de

²² Declaraciones de Tabaré Vázquez, en *El país*, Montevideo, 4 de marzo de 2005, citado por Carlos M. Vilas, “La izquierda latinoamericana y el surgimiento de regímenes nacional-populares”, *Nueva Sociedad*, No. 197, mayo-junio 2005, pp. 93 y 94.

²³ Ver Hugo Cores, “La lucha por la justicia social como prioritario”, en *Revista Koeyú Latinoamericana*, No. 88, Venezuela, 2005, pp. 39-42.

“pactos de silencio”, y la pervivencia de concepciones que le ponen límites, ilegales e inconstitucionales, al ejercicio de la soberanía del pueblo.

- La realización de auditorías administrativas que permitan determinar las responsabilidades de los ex gobernantes en el deterioro y la bancarrota de buena parte de las instituciones del Estado. Se espera el señalamiento público, el castigo y el embargo de los bienes mal habidos por los políticos corruptos.
- El rencarrilamiento de las relaciones con los vecinos del MERCOSUR y una política exterior soberana que avance en una integración latinoamericanista, en la senda de los excelentes acuerdos firmados con el Presidente Hugo Chávez, le agraden o no a la diplomacia estadounidense.
- Y como es lógico y necesario, lograr menos pobreza, más igualdad, mejoras en la salud y la educación, mejores salarios, más oportunidades de empleo y vida digna.
- El cumplimiento de los compromisos asumidos con los sectores populares, de manera que no queden defraudadas las expectativas generadas en su base social e impida la frustración política y el sentimiento de desconfianza hacia la política y los políticos, el escepticismo popular y el descreimiento hacia la democracia.

El combate a la pobreza y la desigualdad desde la perspectiva del “libre mercado” neoliberal y las reformas de segunda generación en las políticas públicas, previstas por los gobiernos de la izquierda moderada, puede traer también, sin duda, determinados beneficios a sus pueblos, principalmente a los más afectados por tales flagelos. No obstante, las reformas y cambios realizados y a ejecutar desde los límites del modelo, no constituyen tampoco una alternativa al neoliberalismo latinoamericano. El enfrentamiento real a la crisis económica y sus impactos en la deuda social con los pueblos de Nuestra América debe atravesar inexcusablemente por la renuncia a las reformas estructurales del Consenso de Washington, que han arrastrado a las economías y sociedades latinoamericanas y caribeñas a su estado actual.

En esta orientación, se hace necesario la detención y reconsideración de las privatizaciones, de la entrega de los recursos materiales a capitales foráneos, el saqueo de las transnacionales, la desregulación de las economías y los mercados internos. Además, la interrupción de la desnacionalización de la industria y la destrucción de la agricultura, la suspensión del flujo negativo de capitales, el no pago otra vez de la deuda externa y la instrumentación de nuevas políticas tributarias. Todo ello, acompañado de la reorganización y funcionamiento eficiente de ese Estado democrático. Se trata de aplicar

políticas de desmercantilización fundadas en las necesidades de la población y de desarrollo sostenible, en las que los aspectos económicos y sociales queden vinculados orgánicamente como una unidad integral, con el objetivo de alcanzar una sociedad de seres humanos más instruidos, saludables, cultos y solidarios. Consiste, en fin, en la refundación de las repúblicas.

Asimismo, si el combate a la pobreza y la desigualdad quedasen fuera definitivamente de una perspectiva de enfrentamiento a las políticas clasistas del capital, terminarían en intentos fallidos del reformismo. La necesidad histórica requiere, al menos mientras no cambien las condiciones objetivas y sobre todo subjetivas, sociedades alternativas a las neoliberales conquistadas a contra mano de la dinámica del gran capital, de los deseos e intereses del poderoso e imperial vecino del Norte. De otra parte, las reformas radicales si quieren ser tendrán que asumir en orden consecutivo o simultáneo la defensa antimperialista de la independencia y la soberanía y el objetivo paradigmático del socialismo, pues el capitalismo en cualesquiera de sus formas, ha demostrado ser incapaz de resolver los graves problemas que aquejan a la humanidad.

A modo de conclusión

La situación socioeconómica del capitalismo neoliberal y dependiente en la región no puede ser la prueba de su incapacidad para el desarrollo, la independencia y la soberanía en el universo de un mundo globalizado, tampoco el futuro realizado de estos pueblos, ni el paraíso prometido de la superior prosperidad. Es en todo caso, el resultado de la aplicación enajenante de un modelo que combina antagónicamente el crecimiento constante de ganancias para los menos y la deuda social y la desesperanza para las amplias mayorías.

El carácter estructural de esta crisis y la incapacidad del modelo para lograr la recuperación socioeconómica y el desarrollo impiden revertir el profundo estado de pobreza y marginación en que se encuentran amplios sectores sociales en la región, y a la vez explica el por qué de la destitución de sucesivos presidentes ecuatorianos por los movimientos indígenas y la rebelión ciudadana, la desaparición de varios gobiernos argentinos, el triunfo de Evo Morales en Bolivia y la Revolución Bolivariana en Venezuela. La inviabilidad económica de las democracias neoliberales condiciona la conversión del anhelo de cambio de los pueblos latinoamericanos, en apoyo a fórmulas de gobiernos no neoliberales y la búsqueda de alternativas. Son así exactamente válidas las palabras del académico nicaragüense Alejandro Serrano Caldera: “Hay que tener cuidado con los flujos de la historia, esta

parece vengarse siempre de sus sepultureros y tener capacidad de transformar periódicamente su certificado de defunción en certificado de nacimiento”.²⁴

²⁴ Alejandro Serrano Caldera, *El fin de la historia: reaparición del mito*, Editorial 13 de Marzo, Universidad de La Habana 1991.